

---

---

## La palabra poética en María Zambrano

---

---

Comentando su libro *Claros del bosque*<sup>1</sup>, decía María Zambrano que esta obra suya se diferencia de las demás por su carácter de ofrenda, ofrenda a la persona a la que está dedicada, su hermana Araceli. Para aclarar este concepto hablaba de sí misma y se veía recorriendo aquellos parajes que habían sido su vida, mirando y sin sentirse mirada, yendo con la máxima espontaneidad, sin ir de «caza», de «captura», sino al contrario, yendo a desposeerse, a entregarse, a entregarlo todo, y ese todo —decía— «¿qué podía ser sino la palabra?».

Pero a medida que el proceso de entrega avanzaba, la palabra iba tomando cuerpo y existiendo por sí misma. ¿Cuál era, es, la palabra nacida de esa donación plena? No necesitó María Zambrano concretar que se trataba de la palabra poética, pues es sabido que, en su pensamiento, filosofía y poesía se unen, como sucedía en el de los presocráticos y en el de uno de los grandes pensadores de nuestros días, Martin Heidegger. Suyas son precisamente estas frases que como haces de luz nos facilitan el acceso al bosque misterioso, a ese Broceliande que ella nos ofrece, donde se oculta y brilla, como Graal o promesa, la palabra: «El ente está en el ser. (...) En el centro del ente en totalidad existe un lugar abierto que es un claro. (...) Este centro claro rodea a todo ente como la nada, que apenas conocemos. (...) El ente sólo puede ser, en cuanto ente, si está dentro y más allá de lo iluminado por esa luz.»<sup>2</sup>

Nos hallamos, pues, en un «claro» que es a la vez el centro y lo que cerca al ser, ¿será nuestro recorrido el que va del ser a la palabra? Situados en este punto podemos esbozar los primeros pasos por la oscura selva, región, como hemos visto, para María Zambrano, y también para el que la siga, de entrega y hallazgo. Y prosiguiendo su comentario a *Claros del bosque* se refería, la que es mentora de esta andadura, al primer capítulo del *Evangelio* de San Juan y concretamente a las frases: «En el principio era el verbo (...) y el verbo era la vida (...) y la vida era la luz (...) y la luz brilló en las tinieblas (...) y el verbo se hizo carne y habitó entre nosotros y hemos visto su gloria llena de gracia y de verdad».

Este verbo, esta palabra del origen que es vida y luz, y por tanto reveladora, no es sólo lo que se halla al culminar el camino, sino que fue el mismo motor que impulsó la marcha, el que lanzó a la aventura —desde mucho antes de *Claros del bosque*— a ese paladín que es María Zambrano.

Pero a medida que su pensamiento iba penetrando en la filosofía, veía ella surgir ante sí nuevas palabras, tentaciones que la distraían momentáneamente de su «Quête»;

---

<sup>1</sup> M. ZAMBRANO: *Voz y textos* (casete), grabación homenaje, Madrid, Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia, 1982.

<sup>2</sup> M. HEIDEGGER: *Arte y poesía*, Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1958, págs. 69 a 88.

así la palabra como lenguaje, y la palabra en función de la razón, el logos. Sin embargo, en el año 1960 volvió a presentarse ante ella —visión recordativa de su empresa— la palabra «virgen», la palabra «desposeída de significado», la palabra que es «luz iluminadora», la palabra «auroral». Esta es la que fue tomando cuerpo en la entrega absoluta que María Zambrano confiesa es *Claros del bosque*. ¿Cómo sucedió?, también ella nos lo indica al decir que ese libro fue fruto de la máxima perceptividad, de la sensibilidad, del conocimiento pasivo, la actitud de pura recepción que lleva a la que se adentra en la espesura a eso, a recibir, y con lo recibido concebir; concepción donde —afirma— «el concepto procede de ser concebido»<sup>3</sup>. La selva, pues, no sólo se convierte en voz y se le revela, sino que se hace fecunda, y la palabra se torna anuncio de sí misma.

El sendero empieza a conformarse a nuestro paso, va naciéndose a medida que avanzamos. Del mismo modo en *Claros del bosque*, María Zambrano más que hablar de la palabra deja que ésta se produzca a través de ella y que ella sola vaya cercando el silencio («claro») de la página, rodeándolo hasta aproximarse a su propio concepto. Y ese concepto comprende en sí necesariamente el de «humano»: el hombre —y vuelvo al haz iluminador de Heidegger— es «aquel que debe mostrar lo que es» (...) «El ser del hombre se funda en el habla»<sup>4</sup>. En *Claros del bosque* se dice entre otras cosas: «Que la palabra haya de ser concebida humanamente es lo único que da cuenta de que haya y aún exista, llegue a existir, la palabra»<sup>5</sup>. Es decir, la palabra es tan fundamentalmente humana, es una capacidad tan inherente al hombre, que está ya en su propio ser. Por ello, creo, antes de dedicar el capítulo VI a *Palabras*, María Zambrano habla de *La metáfora del corazón*. El corazón, que es análogo al motor inmóvil, pero que al contrario que éste, que es cerrado e inmóvil, tiene huecos, tiene un dentro, y mueve moviéndose, «es centro —dice— porque es lo único que de nuestro ser da sonido»<sup>6</sup>. «Aunque no preste atención el hombre al incesante sonar de su corazón, va por él sostenido en alto»<sup>7</sup>. Esto es, el corazón sostiene al hombre y lo integra en el universo ya que los pasos del hombre en la tierra son «la huella del sonido de su corazón»<sup>8</sup>.

Por una parte, pues, el corazón es motor, ritmo inicial, voz primera, revelador de su interioridad, ajeno al tiempo, y por otra, medida de los pasos humanos. Medida: algo inserto en la temporalidad. Dos dimensiones, dos clases de visiones se ofrecen así al que siguiendo a María Zambrano avanza entre la fronda para adentrarse en ella y en sí mismo: lo ajeno al tiempo y lo sometido a él. Pero fijémonos en lo primero afirmado: el corazón, que —dice María Zambrano— «está a punto de romper a hablar»<sup>9</sup>, genera sonido gracias al vacío, el hueco, el momento en que se detiene «para

---

<sup>3</sup> M. ZAMBRANO: Grabación citada.

<sup>4</sup> M. HEIDEGGER: *Op. cit.*, págs. 101 y 104.

<sup>5</sup> M. ZAMBRANO: *Claros del bosque*, Barcelona, Seix Barral, 1977, pág. 94.

<sup>6</sup> *Ibid.*, pág. 64.

<sup>7</sup> *Ibid.*, pág. 65.

<sup>8</sup> *Ibid.*, pág. 65.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pág. 66.

cobrar aliento»<sup>10</sup>, y gracias al silencio que le revela en su ser. Lo nuevo que entonces en el hombre habita, este revelarse en su ser, es la palabra.

Pasa, pues, María Zambrano, sin ninguna transición, de hablar del corazón a hablar de la palabra, que, como el sonido que aquél emite, nace también de un vacío y es permitida por el silencio. Y es esa la palabra «diáfana, virginal, sin pecado de intelecto ni de voluntad, ni de memoria, y su claridad tendría lo que ninguna palabra nos da certidumbre de alcanzar: ser inextinguible»<sup>11</sup>. Esta virtud es, precisamente, la que caracteriza a la desvelada por el poeta («también el poeta se sirve de la palabra, pero no como los que hablan y escriben habitualmente, gastando las palabras, sino de manera que la palabra se hace y queda como una palabra»<sup>12</sup>, dice Heidegger).

Avistamos la runa: ser-tiempo-palabra, y de nuevo agitan los vientos el follaje apartando el silencio por breve espacio, y en el capítulo VI de *Claros del bosque*, que es el que sigue a *La metáfora del corazón*, y que consta de varias partes, se reflejan diversas palabras, entre ellas las que su autora llama la palabra del bosque, la palabra perdida, la palabra que se guarda, lo escrito, el concierto... Como en el caso del ritmo del corazón, éstas se relacionan ya con la atemporalidad, ya con el tiempo. Sin embargo hay que señalar que, en general, María Zambrano trata de aquellas que pueden asimilarse a la palabra reveladora, la palabra del origen, la palabra no esclavizada aún por el logos, por el lenguaje.

«Antes de los tiempos conocidos —dice— hubo de extenderse un tiempo de plenitud que no daba lugar a la historia. Y si la vida no iba a dar a la historia, la palabra no iría tampoco a dar al lenguaje»<sup>13</sup>. Esta es la palabra verdadera, «Sin opacidad y sin sombra, dada y recibida en el mismo instante, consumida sin desgaste»<sup>14</sup>. Y esta es la palabra esencial, la palabra que manifiesta el ser, que lo revela, que lo desoculta («Poesía es el decir de la desocultación del ente»<sup>15</sup>, dice Heidegger), que instauro la verdad («Todo arte es dejar acontecer el advenimiento de la verdad del ente en cuanto tal, y por lo mismo es en esencia Poesía»<sup>16</sup>, afirma también el filósofo). Y es al mismo tiempo la que por no someterse al concepto es, a la vez, todas las palabras. El hilo de plata nos ha llevado al palacio de plata y cruzamos el umbral. Se trata del verbo interior, rara vez pronunciado, cuyo destino no es ser dicho, de la palabra matriz, «encinta de significación»<sup>17</sup>, cuyo ser es manifestarse, y de la que se sabe «solamente por ese vacío indefinible, por ese modo de extensión que deja»<sup>18</sup> —dice María Zambrano.

¿Qué es lo que hace posible su aparición? Como en el caso del latido del corazón,

---

<sup>10</sup> *Ibid.*, pág. 66.

<sup>11</sup> *Ibid.*, pág. 67.

<sup>12</sup> M. HEIDEGGER: *Op. cit.*, pág. 63.

<sup>13</sup> M. ZAMBRANO: *Claros del bosque*, *op. cit.*, pág. 82.

<sup>14</sup> *Ibid.*, pág. 82.

<sup>15</sup> M. HEIDEGGER: *Op. cit.*, pág. 88.

<sup>16</sup> *Ibid.*, pág. 88.

<sup>17</sup> Expresión de J. A. VALENTE, en conferencia sobre «La palabra poética», pronunciada en el Colegio Mayor San Juan Evangelista en 1981.

<sup>18</sup> M. ZAMBRANO: *Claros del bosque*, *op. cit.*, pág. 93.

ciertamente ya ha quedado claro, el vacío y el silencio; el vacío que da pie a la recepción y a la concepción, y el silencio que permite que se constituya en música (sonido —igual, también en esto, al manifestarse del corazón—), música que será su soporte. «Y de ella sale, es decir, de la palabra —dice María Zambrano— desde su silencioso palpar, la música inesperada por la cual la reconocemos; lamento a veces, llamada, la música inicial de lo indecible que no podrá nunca, aquí, ser dada en palabra. Mas si, con ella, la música inicial que se desvanece cuando la palabra aparece o reaparece, y que queda en el aire, como su silencio, modelando su silencio, sosteniéndolo sobre el abismo<sup>19</sup>. «La música sostiene sobre el abismo a la palabra»<sup>20</sup>. La palabra, pues, que es la música primera, es la que expresa lo inefable, y la música, que es su soporte, el momento de su materialización.

Mas en esta espesura de flores esmaltada, de nuevo surgen elementos que en apariencia nos apartan del alto objetivo. Por ello en *Claros del bosque* hay aún más palabras, porque hay dos respiraciones, la del ser y la de la vida. Las palabras que expresan la vida son las que entran en la temporalidad, en la historia, y María Zambrano habla de modo muy concreto —en este sentido— de la palabra escrita, y no necesariamente escrita por el hombre. «Mientras dura el ciclo histórico —dice— hay palabras que permanecen en una determinada visibilidad y que corren de boca en boca; son los tópicos de esos siglos. (...) Y hay también palabras escritas y que, como escritas, se repiten, apaciguadoras y sabias»<sup>21</sup>... y añade: «No hay historia sin palabra, sin palabra escrita, sin palabra entonada o contada (...) Porque estas piedras no escritas al parecer, que nadie sabe, en definitiva, si lo están por el aire, por el alba, por las estrellas, están emparentadas con palabras que en medio de la historia escrita aparecen y se borran, se van y vuelven por muy bien escritas que estén»<sup>22</sup>.

Nos cerca la ráfaga, el movimiento, el vuelo, el irse y volver de la palabra que es otro de los temas que ronda *Claros del bosque*, y es inevitable recordar que en el momento de la muerte, según los antiguos griegos, el alma del hombre, al dejar el cuerpo carnal, se veía envuelta en un «cuerpo de soplo» (*pneumatikon sôma*). Soplo, espíritu, verbo y verbo del origen y vibración primera —la ciencia se va aproximando a esto: «es necesario creer en un estado vibratorio primordial que ha generado por azar la materia»<sup>23</sup>—, pálpito...

Este es uno de los caminos del místico: entregarse al torbellino cegador y deslumbrante. Todo gira, se enlaza. Así la palabra de la historia, la palabra que entra en la temporalidad, tiene su apoyo en aquella otra («la poesía es el fundamento que soporta la historia»<sup>24</sup>), pues no habría vida sin ser, palabra sin «palabra del origen», una palabra que es toda ella «un aletear, un estar viva sin acabar de estarlo, un ser; un no ser, un mecerse en el abismo, un ir toda ciencia y todo saber trascendiendo»<sup>25</sup>.

<sup>19</sup> *Ibid.*, págs. 85 y 86.

<sup>20</sup> Frase añadida al leer el texto de *Claros del bosque*, por M. ZAMBRANO en *Voz y textos*, grabación cit.

<sup>21</sup> M. ZAMBRANO: *Claros del bosque*, pág. 91.

<sup>22</sup> *Ibid.*, pág. 92.

<sup>23</sup> J. SERVIER: *L'buomo e l'Invisibile*, Milán, Rusconi Editore, 1973, pág. 30.

<sup>24</sup> M. HEIDEGGER: *Op. cit.*, pág. 108.

<sup>25</sup> Frase añadida al leer el texto de *Claros del bosque* por M. ZAMBRANO en *Voz y textos*, grabación cit.

«Porque todo lo que tiene alas, y especialmente sí las tiene porque ha resucitado, se va, no puede volver de la misma manera. Si vuelve, sin dejar de ser lo mismo es ya otro»<sup>26</sup>. Por todo ello, esa palabra, que es «intacta», es también inasible y sólo se deja ver a través del que la ama y se torna pura transparencia.

Y a lo largo de esa andadura que la ha llevado y nos ha llevado al mismo corazón del bosque, María Zambrano, por entregada, se ha investido de dicha condición, convirtiéndose en vehículo del saber tan difícil y al que llegan los pocos que en su peregrinaje logran rozar el más remoto «antes» y es así que la vida —dice ella misma— es por principio superficial, y sólo deja de serlo si a su respiro se une el aliento del ser que, escondido bajo ella, está depositado sobre las aguas primeras de la vida que nuestro vivir apenas roza»<sup>27</sup>.

CLARA JANÉS  
*Plaza San Juan de la Cruz, 3*  
MADRID

---

<sup>26</sup> Frase añadida al leer el texto de *Claros del bosque* por M. ZAMBRANO en *Voz y textos*, grabación cit.

<sup>27</sup> M. ZAMBRANO: *Claros del bosque*, op. cit., pág. 101.